

EL

ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Laborato Montella y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Año de ella, trimestre 30.

Lunes 15 de Julio.

El Eco de Cartagena

LOS MINISTROS DEL REY HUMBERTO.

En la «Ilustrazione Italiana» de Milan, hemos leído unos interesantes bocetos a pluma de los hombres políticos que, bajo la presidencia del Sr. Cairoli, forman el actual gabinete italiano, bocetos que nos hemos permitido traducir, en la seguridad de que, por el agradabilísimo estilo con que están escritos y los curiosos detalles que contienen, serán del gusto de nuestros habituales lectores:

«CAIROLI es el presidente del Consejo de ministros del rey Humberto I. Parece sobrellevar el peso del poder cual sobrellevaría el peso de un saco de carbon... que lo aplastase; hay en la persona de Cairoli y en su fisonomía la atónita inmovilidad del hombre que se encuentra en situación poco cómoda. Su gesto, su voz, su elocución, son más elásticos que cuando no era ministro. Viste de negro; lleva un sobretodo rigurosamente abotonado, especialmente desde el día en que le advirtieron que con mucha frecuencia repetía en el banco ministerial un ademán habitual suyo cuando era diputado de oposición, ademán que figuraba entre sus efectos tribunicios y que consistía en separar, con trágico movimiento, las solapas de la levita. Cairoli y el barón Ricasoli son, sino los mejores, los más enguantados diputados de la nación italiana. Cairoli no ha perdido en el poder su cordial expansividad de siempre; con igual efusión estrecha la mano a sus amigos y a sus adversarios políticos, confunde en el mismo abrazo a Biancheri y a Bertani, a Sella y Marcora.

ZANARDELLI es el ministro del Interior. Flaco, estirado, seco, huesoso, verdadero manojó de nervios. Como Cairoli, viste de negro, mas no transige con los guantes. Cuando está en el banco ministerial da a los largos miembros de su escualida persona las contorsiones más extravagantes,

las curvaturas más extrañas, ora forma una pelota, ora presenta fantásticos escorzos: ora se retira y achica como el caracol, ora se extiende y ostenta como el lagarto. La oratoria de Zanardelli es opuesta a la de Cairoli; los períodos de este son llenos, sonoros, redondeados, su estilo es algo retórico, algo convencional; el estilo de Zanardelli es sencillo, conciso, nervioso y claro. Cairoli pronuncia un discurso hasta cuando tiene que decir dos palabras tan solo; Zanardelli se limita a hablar cuando tiene que pronunciar un discurso, pero habla con facilidad y con fuerza y en estas dos condiciones obtiene todos sus efectos. Como ministro tiene Zanardelli un defecto; el doctrinarismo.

Pertenece a la escuela que, habiendo estudiado las diversas fases de la revolución francesa, en alguna de ellas buscó y halló modelo. Nosotros todos, los de esta generación, hemos sido jacobinos, ó girondinos, ó montañeses; Zanardelli es un ministro liberal de la monarquía de Julio. En el estudio del reinado de Luis Felipe adquirió algunos axiomas que descansaron en un cajón de la mesa de Zanardelli; al entrar este en el ministerio del Interior, sacó los axiomas del cajón y los llevó al palacio Bracchi y allí está intentando aplicarlos. Zanardelli da importancia excesiva al «pais legal» el cual no tiene, a juicio suyo, más que dos expresiones: el diputado y el periódico.

Atento siempre a interrogar las dos dichas expresiones, se desvive por satisfacer la reclamación de un diputado, se inquieta, se entristece, se irrita por el ataque de un periódico, particularmente si parece que hay quien duda de su buena fé. Tiene, porque se le juzgue leal, el mismo empeño que otros hombres tienen porque se les juzgue falsos: Si le llaman ingenuo no se apura; si le llaman astuto se ensombrece; si le llaman falso se enfada. Despues de una jornada fatigósísima, durante la cual la aplicación laboriosa de los ya mencionados axiomas, a más de haberlo perturbado, hántele alterado las horas de las comidas y del sueño,

acuéstase Zanardelli muy tarde, rodeado de enormes masas de papel impreso, y no cierra los ojos hasta que ha devorado aquellos periódicos que más le interesan.

Algunas veces, a altas horas de la noche, el secretario general del ministerio del Interior, Tito Ronchetti, gran noctámbulo, amigo seguro y probado—que pasa en el ministerio casi toda la noche, oye rumor de puertas, sacudidas, ruido de pasos precipitados y ve dibujarse, en la sombra del gabinete, la larga y descarnada silueta del ministro, quien se adelanta hacia la mesa con las manos a la espalda, arrastrando un periódico que roza las ministeriales piernas... Es que el tal periódico ha lanzado al ministro un ataque, ha hecho una alusión al ministro, ha indicado una sospecha, ataque, alusión ó sospecha que han obligado a Zanardelli a saltar del lecho en busca de un paliativo a su irritación.

Ronchetti, acariciándose la barba, escucha pacientemente al ministro, le dice un chiste que le provoque la risa, le ofrece un cigarro y le da las buenas noches.

Algó común a ambos tienen Cairoli y Zanardelli y es que son simpáticos. El ser simpático es tan necesario a un ministro como a una dama. La mujer simpática posee todas las impuidades... hasta la de la fealdad; la mujer bella y antipática tiene todos los defectos... hasta el de ser bella. Esto ocurre también con los ministros. Digalo si no SEISMIT-DODA, el ministro de Hacienda. Será buen ministro, será todo lo bueno posible en este mundo, todo menos simpático. Suya es, en gran parte, la culpa, pues queriendo tener cara de hombre serio, ha conseguido tener cara tétrica. Siempre parece que está preparando un delito, así, cuando, en calidad de diputado prepara un discurso; en calidad de ministro prepara una exposición de la situación financiera; en calidad de estudiante prepara... una comedia. [Una escribió cuando estudiaba en Pádua.]

En la estación del ferro-carril vi a Seismit-Doda despidiendo a la princesa de Montenegro que salía

para Nápoles. Diríase que el ministro estaba allí meditando un tratado; hasta me cruzó por delante el pensamiento de que un agente de policía la vigilaba. Acaso el agente llevaba poco tiempo en Roma, no conocía al ministro y lo había tomado por un conspirador montenegrino. Contribuyó a disminuir la poca simpatía que Seismit Doda inspira, el género de su oratoria prolija, invariable, monótona, y además, fría y oscura como las lloviznas de otoño. Su voz carece de fibra. Diríase que Seismit-Doda no tiene alma, pues no descubre ni odios ni afectos, niñas para desgarrar ni yemas para acariciar. No se eleva, no muda de tono la voz de Seismit Doda, nunca es brevida por medio mecánico. El mismo diapason tiene al principio y al final del discurso.

Seismit-Doda se dedica a la «ceremoniosidad» retórica y a la «retórica financiera» en tanto que otros eran los encargados de hablar de los asuntos financieros reales; cuando le tocó el turno, dió de mano a la retórica y se atuvo a la práctica; pesadumbre y positiva; desahogado el glóbo de las frases de formulario; reható nuestro héroe a los virreyes acaudalados y se contentó con un asunto con el término de la realidad.

De los otros ministros poco hay que decir. De Santis parece estar perpetuamente distraído y se maldada vaga por las nubes.

La melena de Confetti es como el chervo y sus reflejos azules se ven sobre el bronceado marfil del poder. El alejamiento continuo del Brazzo contrasta con la diligente atención con que Brochetti, tipo acabado de marino, absorbe todos los discursos pronunciados en la Cámara. Diríase que está aprendiendo «oratoria práctica». En momentos dados, toma su fisonomía un aspecto tan estático, sus largas patillas almidonadas se extienden hacia el orador con tal extremo de interés de admiración, sorpresa, espanto, que el buen marino debe exclamar:

«Dios mío! ¿Será posible que haya quien hable así!»

Los marinos, son, hasta la super-